



Leopoldo Alas

Dos académicos

Sí: voy a decir algo de dos académicos morales y políticos. Uno es Azcárate, otro D. Francisco Silvela. No sé si el azar o la malicia artificiosa, me los ha juntado en un folleto, que acabo de recibir y leer, el cual contiene sendos discursos de estos ilustres personajes. Se trata de la recepción pública del eminente catedrático en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, y de las oraciones con que fue solemnizado el acto. Azcárate escogió por asunto de su disertación El concepto de la Sociología, y Silvela escribió sobre el tema una discreta y elegante paráfrasis, en que no faltan ascuas arremadas a la sardina conservadora, pero con mano de gato pulido y gracioso.

El folleto resulta una medalla, por el mérito del relieve, y sobre todo porque Azcárate y Silvela son un anverso y un reverso. El contraste no existiría -104- si no hubiera relación, es decir, materia común en que representaran ambos los respectivos papeles. No cabe contraste entre Azcárate y Martínez Campos, v. gr., ni en rigor, entre Azcárate y Romero Robledo. Viven en mundos diferentes, proceden de medios que no tienen apenas analogías. Pero Silvela, como Azcárate, es un político de Universidad, es un hombre público que ha reflexionado acerca de la naturaleza del Estado..., sólo que no ha hecho caso de sus cavilaciones. Cuando hablan de política, de sociología, de arte social, de sentido jurídico, de técnica jurídica, Azcárate y Silvela se están refiriendo a lo mismo; cuando aluden a la política romana moderna, quiero decir, a la política inglesa, no hablan de oídas, y tomo arriba o abajo, Silvela se refiere a los mismos volúmenes que ha leído Azcárate. Tal vez Silvela, que ha vivido más, ha leído menos, pero ha leído bien. Cuando peca, no es de ignorante. Esta comunidad de medio, esta analogía de profesión y tendencias producen la posibilidad del contraste, que aparece en lo característico de uno y otro académico moral y político. Sí: los dos son morales, pues ambos se proponen de buena fe cumplir en este mundo con sus deberes para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismos; los dos son políticos, pues consagran principalmente su actividad a la vida política.- Pero -105- ¡por cuán distintos senderos han emprendido el viaje, y con qué diversas aptitudes! A Gumersindo Azcárate le llevó la ciencia política, a la política. Francisco Silvela se fue derecho a la

política, y después se acordó de que él también tenía ciencia. Silvela comenzó pensando en sus deberes para consigo mismo, y se hizo ministro en un periquete;

Azcárate, altruista desde las aulas (¡altruista!, palabra que repugna al Sr. Silvela que, en punto a palabras, prefiere la caridad), no sólo no ha sido ministro todavía, sino que por tal de procurar alianzas republicanas, hasta con el Sr. Pi y Margall, que insiste en que pactemos, es capaz de impedir que llegue en toda nuestra efímera vida la hora de que puedan ser ministros, no sólo él, si que tampoco (como diría Labra) el Sr. Labra.

El Sr. Azcárate es la ingenuidad andando. El Sr. Silvela es la cautela quieta. Azcárate es el hombre del libro que, por teoría, se quiere consagrar a la práctica, a vivir en el mundo.- Silvela es el hombre de mundo que, a fuer de práctico, se ha hecho teórico y lee libros. Azcárate, con motivo de Roberty, se dedica a observar hechos sociales en forma de picardías que le escandalizan; Silvela hace como que no ve las picardías electorales, y lee a Roberty a ratos perdidos, porque no diga Azcárate. Y cito a Roberty, porque al señor Silvela no se le cae de la pluma y lo repite como -106- si fuera ajo y se le hubiera indigestado por tragárselo de prisa.- Yo creo, interrumpiendo aquí la antítesis comenzada, que los discursos científicos de las personas maduras y acreditadas por su sabiduría deben parecerse lo menos posible a los catálogos bibliográficos de las casas editoriales. Una disertación académica debe dejarnos más sabor a reflexión honda, original, personal y sustanciosa que a reclamo de librería, siquiera sea científica.

Volviendo a mis comparaciones, diré que Azcárate es un orador en quien primero se ve el vir bonus que el retórico puro y correcto. Azcárate tiene así, como la elocuencia de las cosas. Más que un orador, es un testigo. Ha visto la verdad, y hasta en el gesto se le conoce que la ha visto. Silvela también es un testigo; pero de los que andan siempre alrededor del juzgado. Es un testigo adscrito a la curia. Parece ministro de Gracia y Justicia hasta cuando es ministro de Gobernación. En los discursos tersos y claros de Silvela hay a veces como alusiones misteriosas, pudorosas, a una especie de misticismo político que no tiene de meramente humano sino lo que tiene de inglés; misticismo lleno de nostalgias, de una política conservadora ideal que no es de este mundo; pero esto no quita que, llegado el caso, el Sr. Silvela destituya al alcalde de Oviedo, pongo por alcalde, fundándose en que en el Ayuntamiento de su mando -107- no se celebran juntas municipales, lo cual no es cierto, porque el que suscribe es concejal y jura que no ha dejado de celebrarse una sola junta. El Sr. Azcárate, que habla del arte social, no sería capaz de destituir a un alcalde por no celebrarse en su concejo juntas que sí se celebran tal; pero el Sr. Silvela sabe conciliar las exigencias del señor Pidal con la lectura de Roberty, que también D. Alejandro es capaz de leer, pinto el caso, como dice Pereda.

Por cierto que tanto al Sr. Azcárate como al Sr. Silvela se les ha pegado algo de un defecto muy común en los tratadistas franceses e italianos, italianos particularmente, de ciencias morales y políticas. No hay cosa que más se parezca a una disentería que el estilo de estos autores de filosofías sociológicas de la moderna Italia. Ya las ciencias sociales tienen, en mi humilde opinión, el inconveniente de no haber llegado todavía a la época del fruto, o sea de las nueces; y añadiéndose a esto el aguachirle de los señores sabios italianos, que escriben prosa sin saberlo, resulta un chorro continuo de palabras flojas, insípidas, inodoras y sin color, que hace a uno llegar a pensar, entre mareos, que la sociedad no existe más que en el Diccionario. El tema escogido por el Sr. Azcárate está muy expuesto a parecer cuestión de palabras si una imaginación fuerte y fecunda, y un estilo -108- pintoresco y vigoroso, no hacen ver a cada instante cómo estos asuntos de concepto están en las entrañas de la realidad más inmediata. Sólo el científico que además es artista sabe quitar a la disertación académica sus apariencias

abstractas. En general, es muy difícil escribir bien; escribir bien acerca de lo que es y lo que no es una ciencia que se ha de llamar necesariamente sociología... es casi imposible.

Con todo, el discurso de Azcárate, si no ameno, es en general correcto, más que otros estudios suyos análogos. La contestación de Silvela, sin ser más plástica, ni más rica en colores, es caprichosa a veces en el lenguaje, hasta el punto de llegar a la incorrección y a la impropiedad.

El Sr. Silvela habla ya, en la primera página, de ruidos desentonados, y poco después del atisbo, palabra poco noble, y luego de escasas uniformidades de relación, de imperios y repúblicas humanas... de fenómenos inorgánicos (como si hubiera fenómenos orgánicos) de contrato voluntario (como si hubiera contratos involuntarios), de derecho contractual¹⁰.

He aquí un pasaje del discurso del Sr. Silvela que apenas se entiende: «No desconocemos por esto la importancia que la noción del contrato tiene -109- en la dirección real de las sociedades modernas, hasta el punto de invadir regiones del derecho civil, antes sagradas para ella». ¿Quién es ella? ¿La noción del contrato? ¿La dirección real? De ningún modo tiene esto sentido. Además, para hablar de regiones que están vedadas, no se dice que son sagradas; falta el escritor a la propiedad. Lo mismo sucede cuando llama efectismo a lo que es reunión de efectos. Tampoco hacía falta hablar de bases cardinales, porque o son bases o son quicios.

No tengo interés en continuar examinando incorrecciones de este género formal; pero de ellas está cuajado el discurso del ilustre prócer. Y aun peor que eso es la dificultad con que emplea el lenguaje científico, que se le rebela, y del cual intenta triunfar con giros inauditos, con oscuridades caprichosas, con retorsiones etimológicas intolerables. Parece a veces que el Sr. Silvela habla para personas indoctas que no han de comprender que debajo de sus arbitrarias vaguedades pseudo-filosóficas, no hay pensamiento alguno directamente expresado por tales términos mal escogidos.

¿Qué quiere decir, por ejemplo, con sus «voliciones y actividades?». Pues qué, la volición ¿no es actividad también?

Sin duda por escribir de prisa, el Sr. Silvela nos habla de «la túnica corpórea de los propios sentidos». Mas, dejo esto.

-110-

De mayor gravedad es que el académico tan enemigo de que la voluntad sea fundamento del derecho, admita que la volición puede crear derecho privado, pero jamás derecho público. Ni público ni privado, Sr. Silvela. Crearlo, jamás: determinarlo, darle forma, ser fuente positiva de actos jurídicos, eso sí; pero entonces lo mismo de los privados que de los públicos. Un contrato no crea derecho privado, pero da forma determinada al derecho, y puede dársela también en una relación de vida social. Roma se fundó por un pacto de este orden, y como ella muchos Estados. La distinción del Sr. Silvela supone una serie de lamentables confusiones.

Fundándose el sabio ministro en que, según opinan los más recientes tratadistas, la sociología está en mantillas (tal creo también), aprovecha la ocasión para recomendar a los reformistas que se estén quietos y renuncien a transformar cosa alguna, y no sin gracia alude a los revolucionarios e innovadores modernos a quienes la suavidad de las costumbres y la junta de clases pasivas consienten representar el papel de Prometeos, con el haber que por clasificación les corresponda. Esta alusión a los ex-ministros es mucho más ingeniosa que las referencias a Roberty y al prólogo de Posada Herrera al libro del Sr. Gallostra, «Lo contencioso-administrativo».

-111-

De todas maneras, el discurso del ex-ministro de la Gobernación revela un hombre de talento, astuto, intencionado y que sigue en cierto modo el movimiento de las ciencias políticas con propio criterio y competencia indudable.

En cuanto al estudio del Sr. Azcárate, ¿hará falta decir que es concienzudo y magistral en el fondo?

-[112]- -[113]-

Otro académico

- I -

No me refiero al señor ministro de Ultramar, que acaba de entrar en la Academia de la Lengua, sino al Sr. Menéndez y Pelayo, que pocos días antes había entrado en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Si todos los académicos fueran como Menéndez y Pelayo, poco se podría decir contra las academias oficiales, a no ser considerándolas como organismos universitarios envejecidos. En Menéndez y Pelayo se juntan las cualidades que suelen faltar por completo o estar de nones en sus colegas. El académico ordinario es el que ni merece serlo antes de entrar en la Corporación, ni después de entrar; el que no tiene títulos para tanto honor, ni, una vez conseguido el honor, trabaja para redimir -114- el pecado original. Tampoco suele faltar el académico laborioso, oscuramente útil, que entró sin méritos, y después, por su actividad, conquista la justicia del título; y, por último, abundan los académicos ilustres que no llevan a tales centros más que el brillo de su fama; estos son los que dan esplendor, pero no limpian. Menéndez y Pelayo es de los pocos que, siendo en letras y ciencias tan ilustres ya como cualquiera, limpian, fijan, y friegan y barren, y cumplen con todos los menesteres de la casa, como si dentro de ella tuvieran que conquistar un nombre insigne.

El autor de La ciencia española es a estas horas individuo de número de las tres Academias oficiales, de la Lengua, de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas. En la primera entró en día que es ya célebre en la historia de nuestras letras; en la segunda le vimos penetrar mediante la lectura de aquel hermoso estudio del arte de la historia, que es una de las monografías más excelentes que salieron de pluma española en nuestro siglo; y ahora en el recinto en que acaba de resonar la voz varonil y elocuente del sabio y concienzudo Azcárate, Marcelino inaugura sus tareas con un capítulo admirable de la historia de la filosofía, particularmente tratando del escepticismo y de los antecedentes españoles de la escuela crítica de Kant.

-115-

Muy mal intencionado tenía que ser el que pretendiera que viésemos en esta docilidad con que Menéndez y Pelayo se deja llevar a una y otra Academia, prurito de vanidad.- En España, por lo pronto, es difícil que a una persona de cierto mérito y de cierto talento le halaguen ya ninguna clase de honores, cargo oficial alguno, habiendo sido profanadas todas las magistraturas, todas las grandezas ostensibles y aparatosas por la ineptitud más franca, por la nulidad más absoluta.- El que dijera que a Menéndez y Pelayo le halagaba el ser una vez más académico, le ofendería; no por la suposición de que fuese vano, sino por no reconocerle la conciencia, que él debe de tener, de que con ser Menéndez y Pelayo es mucho más que con poseer cuanto honor las Academias le puedan dar.

En España hemos llegado a la anestesia en punto a vanidades cortesanas y otras por el estilo; cualquier hombre de algún mérito positivo, que ha conseguido, por sus fuerzas y sin aparato de cancillería ni cosa semejante, un puesto de honor en la opinión pública, está curado de la manía de los honores y oropeles políticos y otros de su especie. Tanto

imbécil ha sido cuanto hay que ser, que ahora aquí las grandezas humanas sólo pueden desearse si llevan anexos buen sueldo y derechos pasivos.

-116-

Si Menéndez y Pelayo hubiera podido temer que persona alguna de buen sentido pudiera ver un prurito vanidoso en sus títulos académicos, hubiera pasado sin ellos, como pasa sin el reclamo de la prensa diaria, como pasa sin un bienestar económico, a que tiene derecho por los trabajos ya cumplidos; como pasa sin la atención constante y reflexiva y bien educada de un pueblo inteligente, de una masa de lectores de cultivado espíritu, numerosa, entusiasta, laboriosa, que fecunde las enseñanzas de un sabio crítico.

Marcelino, por poco orgullo que tenga, mejor; C por muy modesto que sea, creará que tiene derecho a pensar que nadie sospecha que puede ser en él motivo de vanidad ser compañero de... A, B, C (por ejemplo algebraico), en las tres Academias nombradas.

¿A qué fue a la Española Menéndez y Pelayo? A trabajar. ¿A qué a la Academia de la Historia? A trabajar. ¿A qué va ahora a la de Ciencias Morales y Políticas?... A ver si allí también se puede trabajar.

Cabe que se censure a un Emilio Zola, que después de conquistar la gloria a fuerza de ingenio, quiere conquistar una silla, o butaca, o lo que sea, de académico, a fuerza de visitas. ¿A qué va Zola a la Academia, si va? A vencer. No a trabajar; él trabaja en casa.

-117-

Pero Menéndez y Pelayo está en España, donde todavía hace falta el esfuerzo colectivo y con protección oficial para cierto género de propagandas intelectuales, de cultura general, y la eficacia de muchos esfuerzos de nuestro sabio sería mucho menor si él no pudiera emprender determinados trabajos desde las Academias.

Y basta de este asunto, que sólo he tomado para que no se extrañe que, creyendo yo tan poco apetecible el lauro académico y tan poco floreciente la vida de estas colectividades, no critique, sin embargo, al ilustre profesor de literatura al verle alternando nada menos que con los señores morales y políticos.

- II -

No era de esperar que Menéndez y Pelayo escogiese para tema de su discurso de recepción uno de esos problemas sociales que nuestros hombres prácticos resuelven con mares de tinta y de frases hechas. Tomar la sociedad en peso, decidir con un poco de álgebra de derecho político, más o menos inglés o norteamericano, de la suerte de la complicadísima raza humana, se queda para esos buenos señores que se creen muy positivos y serios, cuando lo que les pasa es que no tienen, no ya reflexión suficiente, ni siquiera bastante imaginación -118- para representarse viva, moviéndose, rebelándose, esa realidad, que con llamarla orgánica, por ejemplo, ya querrían tener metida entre ceja y ceja.

Menéndez y Pelayo, como todos los artistas sabios y todos los sabios artistas, se limita a tratar puntos ideales a fuerza de juzgar formidables e importantes los prácticos. La imaginación grande, que sabe representar la naturaleza viva, viva efectivamente, se abstiene de intervenir, mediante teorías, mediante clasificaciones y encasillados, en el drama misterioso del mundo apasionado. La ciencia social existe como desideratum, como existe la ciencia de todo lo que tiene un objeto; pero cabe decir, sin ofender a nadie, que las ciencias políticas (en cuanto ciencia, no en cuanto resultados parciales de observación y especulación, como v. gr., los de Aristóteles) no han hecho hasta ahora más, en rigor, que prepararle a la futura ciencia posible el papel pautado en que ha de escribir sus lecciones. Y aún queda el riesgo de que esa pauta no le sirva.

No es ocasión de insistir en esta materia; pero osaré suponer que acaso, con ironía o sin ella, implícitamente se está refiriendo a algo por el estilo Menéndez y Pelayo cuando escribe en la primera y segunda página de su discurso: «Si algo tengo de filósofo, será en el sentido etimológico de la -119- palabra, esto es, como amante, harto platónico y desdeñado, de las ciencias especulativas. En cuanto a sus aplicaciones al régimen de la vida y a la gobernación de los pueblos, principal y glorioso estudio vuestro, declaro que ni mis hábitos intelectuales, ni el género de educación que recibí, ni cierta invencible tendencia que siempre me ha arrastrado hacia la pura especulación y hacia el arte puro, en suma, a todo lo más inútil y menos político que puede darse, a todos los sueños y vanidades del espíritu, me han permitido adelantar mucho, ni trabajar apenas por cuenta propia, limitándome a admirar de lejos a los que, como vosotros, han acertado a poner la planta en ese firme terreno de las realidades éticas, económicas y jurídicas».

No sé, repito, si habrá ironía en estas palabras; lo que sé es que después de hacer notar a los señores académicos morales y políticos que la teoría y la práctica no debieran vivir divorciadas, y que una buena política debe fundarse en una metafísica... Menéndez y Pelayo pasa a tratar del escepticismo y del criticismo, es decir, de los grandes esfuerzos de la inteligencia humana, empleados en negar o dudar, por lo menos, del valor de nuestro conocimiento.- Si hay algún tema oportuno para ser tratado ante esos cuasi-filósofos y semi-pensadores, que, fundándose en cuatro peticiones de -120- principios, dan por hecho todo un sistema, para explicar un credo político, económico o moral, es, sin dula, el escogido por el historiador de la filosofía española.

Parecía estar diciéndoles: «¡Vosotros que dais tan fácilmente con ciertos principios filosóficos que os vienen bien para atribuir aires de solidez a vuestras teorías políticas, a vuestras cavilaciones sociológicas, escuchad lo que ha sabido penetrar el pensamiento humano para convencerse a sí propio de su deficiencia!»

En efecto: ¡qué diferencia, v. gr., entre las afirmaciones rotundas (y convertidas en decretos y hasta en cuatro tiritos, si le apuran) del Sr. Cánovas, en cuanto hierofante de la monarquía autóctona, y la afasia y acatalapsia de los pirrónicos! ¡Qué diferencia entre el ouden orizzo, no afirmo nada, y el entiendo yo de nuestros filósofos parlamentarios!

- III -

El discurso de Menéndez y Pelayo en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, sin perder su unidad, puede decirse que tiene dos objetos: el primero y general, es el estudio del escepticismo y sus relaciones con la escuela crítica; el segundo y particular, la demostración de que la filosofía -121- española tuvo importancia en lo que respecta a los antecedentes de ese gran momento de la vida de la ciencia moderna que se llama La crítica de la razón pura.

Con la serenidad (que no excluye el calor y hasta cierta pasión) que sabe dar a sus ideas y a sus escritos Marcelino Menéndez, trata ambas materias, y las ordena y subordina, según corresponde, sin apresuramiento, sin sobrestima de la especial que a él más le interesa ahora, pero que es secundaria al cabo. No hay que olvidar que el joven académico tiene hace muchos 11 años un pleito, que lleva ganado, con los que muestran interés, no sé por qué, en negar que haya existido en pasados siglos una filosofía española. En este discurso, el defensor del pensamiento nacional se presenta con nuevas probanzas, alguna de las cuales no oculta que le parecen de perlas y le saben a gloria, como cuando, v. gr., les pasa por delante de los ojos el nombre de Renan y una cita oportunísima de su libro recientemente publicado, aunque escrito hace muchos años, El porvenir de la ciencia, a los librepensadores que estiman que es pensar libremente negar a nuestros antepasados aptitud para las cavilaciones más o menos sistemáticas. Si

Menéndez, al comienzo de su discurso (no contando aquí con las cuatro palabras consagradas al marqués de Molins, que poco tiene que ver con la filosofía española), - 122- canta victoria y acumula datos para mostrar, en general, el mérito de nuestra filosofía y el homenaje que fuera de España se le rinde, en seguida abandona la apología (que vuelve a tomar de segunda mano y con notoria imprudencia, por la exageración, el Sr. Pidal) para consagrarse imparcialmente al estudio del escepticismo, examinándolo desde Grecia; y al llegar de nuevo a la filosofía española, entra en su triunfo, es decir, en la demostración de que tuvo Kant precursores en España, sin declamaciones, sin excesos de celo, tranquilo y contundente. Como que resulta que no es él, Marcelino, quien tuvo la ocurrencia de encontrar antecedentes al kantismo en Vives, por ejemplo, sino Hamilton y Lange..., y sobre todo, cualquiera que se tome el trabajo de leer los textos que Marcelino copia del filósofo valenciano.

El único peligro de las demostraciones del sabio santanderino está en que se quiere probar con ellas demasiado; y si él no cae en semejante tentación, allí viene a renglón seguido Pidal, que se precipita en ella de cabeza y haciendo frases. Sucede, leyendo estos dos discursos, el de Menéndez y el de su padrino, que da gana de negarle al último lo que se concede al primero. Lo que en el catedrático es una convicción adquirida por estudio asiduo de primera mano, originalísimo, en cierto modo una invención, en el político-académico -123- es una frase hecha, un tópico parlamentario, un banderín de enganche. Los Menéndez y Pelayo (los pocos que haya en algunos siglos) irán haciendo que brote en la conciencia nacional la imagen fiel de nuestro espíritu secular, la poesía y la grandeza de nuestra herencia ideal; pero los Pidales, que a docenas seguirán influyendo en el vulgo, estorbarán en todo lo posible esa gran obra, tan necesaria, y seguirán contribuyendo a que muchos liberalescrean que lo más fino en materia de historia de España es abominar de los frailes, de los Austres y de los Borbones, muy singularmente del pobre Carlos II el Hechizado, que es el infeliz a quien más insultan, tampoco sé por qué, nuestros librepensadores de pacotilla.

Menéndez discute y demuestra narrando, a lo Diógenes, mas siempre sereno y tolerante y comedido; Pidal canta victoria, una victoria que, en todo caso, no es suya, y tira la montera al cielo y desafía a los malandrines que se permiten no ser reaccionarios y además negar la filosofía sin igual de los españoles escolásticos.

Y si fuéramos a buscar motivos, le habría mayor para que se apasionara Menéndez, no Pidal, a quien, en suma, nadie había dado vela en este entierro. Fue Menéndez, no Pidal, quien hace ya muchos años, cuando era casi un niño, se vio atacado por tan poderosos adalides como Revilla, -124- Perojo y el mismo Azcárate, que le negaban, más o menos rigurosamente, la filosofía, y en general la ciencia española. Si Azcárate establecía prudentes distingos y empleaba forma muy afable, no así Perojo y Revilla, que llegaron a estar destemplados y a exagerar su negación, nada fecunda. Tampoco Menéndez entonces hacía alarde de estar por cima de ciertas borrascas, ni la forma con que se defendía de los ataques personales semejaba en su destemplanza, aunque tenía grandísima donosura en su malicia, la caritativa y noble respuesta que hoy da a los trasnochados varapalos del afrancesado Sr. Guardia; pero lo que se veía desde luego era que Marcelino estaba cargado de razón al sostener que los que negaban la filosofía española no habían estudiado los documentos, que era necesario tener en cuenta para fallar este pleito.

Además, en las palabras que empleaba nuestro sabio, se veía, además de la superioridad que le asistía en aquel caso determinado, otra superioridad general, de que él ya tenía conciencia y que hoy puede ver probada el que quiera hacer con Marcelino lo que él ha hecho con nuestros filósofos: estudiarle.

No hay que confundir las cuestiones. Si para negar la filosofía española, en vez de leer y rebuscar, si no parecen de buenas a primeras, a nuestros filósofos, vale ponerse a definir lo que ha de -125- entenderse por ciencia y sacar en consecuencia que la filosofía es de una manera particular que no puede coincidir con lo que hicieron como pensadores los españoles de antaño, entonces no es posible discusión, y lo mejor será que unos sigan negando a nuestros filósofos, y Menéndez estudiándolos en compañía de algunos extranjeros. Pero si hemos de ser todos humildes, como está mandado, aunque no sea más que por el imperativo categórico, y hemos de ser sinceros, preciso será reconocer que la principal razón que tenían los más para negar el valor de los libros filosóficos españoles era... que no los habían leído.

Y cuenta que con nada de lo dicho quiero yo dar a entender que para mí tengan todo el valor que él les atribuye los argumentos que Menéndez emplea en pro de su decantada filosofía española. Esto es otra cosa. Pero yo no trato ahora de dilucidar el mayor o menor alcance de una genial declaración de Renan, ni entro a examinar si a esos doctores alemanes que Marcelino cita podrá haberlos seducido la novedad del intento para consagrar sus desvelos a los filósofos españoles. A mí lo que me importa ahora es hacer notar que Menéndez y Pelayo tiene derecho a mostrarse triunfante, y la parsimonia con que usa, no abusa de su victoria.

¡Es tan simpática, tan bella, pudiera decirse, esta -126- figura única del insigne crítico luchando, por el recuerdo de nuestra conciencia reflexiva, con esta sociedad envejecida, en quien se apaga la luz de la memoria, por perturbaciones cerebrales!

Pero otra cosa es que el Sr. Pidal, que no ha descubierto nada, nos venga con alharacas. La ciencia de los árabes españoles no puede considerarse como filosofía nuestra, ni tiene nada que ver con esas glorias nacionales a que tan felices servicios prestan nuestros declamadores reaccionarios; la filosofía árabe de España no la ha negado nadie, y no hay por qué traerla a cuento. Tampoco es cosa nueva, ni jamás negada, la grandeza de aquellos pensadores españoles que fueron precursores del llamado derecho natural. Todos los historiadores de la filosofía de derecho, desde hace mucho tiempo, tomaron en consideración las obras de Domingo Soto y Francisco Suárez y otros españoles, al lado de los trabajos de Melachton, Oldenderp y Winkler al tratar de los antecedentes de la gran idea de Hugo Grocio.

No hace mucho el ilustre Schiattarella, en una monografía acerca de la idea del derecho en la historia, dedicaba grandes elogios y un rápido, pero exacto análisis a las afirmaciones principales, respecto de la esencia de lo jurídico, de esos españoles insignes que con sus célebres escritos demuestran que es infundada la acusación dirigida -127- por algunos ultramontanos al derecho natural, de ser ciencia protestante.

Pero no hay que exagerar ni en un sentido ni en otro. Debemos dar la bienvenida a estos estudios de Menéndez y de esos extranjeros que él cita, que harán imposibles, en adelante, historias de la filosofía, en las que se diga, como en el compendio de M. Bouillet, que en España no ha habido más filósofos que Jacques Balmes; mas no cabe recibir de tan buen talante las hipérboles de D. Alejandro Pidal, que quiere sacar en consecuencia de las tesis doctorales alemanas en que se habla de filósofos españoles, opúsculos que ha leído Menéndez y Pelayo, y no Pidal, que los liberales somos unos papanatas, ignorantes y bárbaros iconoclastas de nuestras glorias patrias.

Para reñir con D. Ramón Nocedal, que es otro Pidal a su manera, puede estar bien todo ese garbullo de ciencia ajena y metáforas y epanadiplosis propias. ¡Pero qué tiene eso que ver con la noble, grande y civilizadora tarea de Menéndez y Pelayo!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

